

***Journal of Melanie Klein
and Object Relations,***
15 (4), Diciembre de 1997.
“Matte-Blanco Hoy. I:
La clínica”

En su “Introducción a la bi-lógica”, Rayner y Wooster, propulsores principales de las ideas de Ignacio Matte-Blanco en el universo angloparlante destacan que, sin contraponerse al pensamiento psicoanalítico clásico, la bi-lógica aporta un nuevo entendimiento de los procesos psíquicos. Como el autor mismo sostiene, sería imposible psicoanalizar en base a las ideas de Matte y sólo ellas; pero incorporar esta manera de pensar abre, en psicoanálisis y en otras disciplinas, nuevos accesos a lo que suponíamos conocer.

Charles Peirce decía que la psique humana logra dos maneras de entender los hechos, una forma mecánica y otra antropomórfica. La primera, donde logra aplicarse, en general en el reino de lo inanimado, arma una arquitectura lógica más o menos precisa y predecible (por lo cual se ha dicho, bien antropomórficamente por cierto, que las otras ciencias “envidian a la física”); la segunda

manera, mucho menos definible, se usa en diversas dimensiones de la vida cotidiana y en muchas disciplinas entre las que se cuenta el psicoanálisis, y no admite la previsión rigurosa. Matte-Blanco sostiene (y ya lo supuso Freud al hablar de los procesos primarios y secundarios) que usamos simultáneamente más de una lógica, y que la lógica de la conciencia se diferencia de la lógica inconciente (entendiendo lo inconciente en el sentido amplio al que Freud llamó el sistema Inc, esto es, lo inconciente no reprimido). Describir con mayor precisión los modos de operar de la lógica inconciente y su interacción con la lógica conciente abre múltiples caminos; además, esta bi-lógica permite defender mejor al psicoanálisis de las acusaciones de ser inconsistente desde el punto de vista lógico. Que por supuesto lo es, si nos constreñimos a los límites de la lógica formal.

El punto de partida de Matte, recuerdan Rayner y Wooster, fueron las cualidades que en 1900 y 1915 Freud adjudica al inconciente: desplazamiento, condensación, atemporalidad, ausencia de negación y reemplazo de la realidad externa por la realidad psíquica

que, según tenía bien claro, difieren de la lógica formal. Pero, dice Matte, en la vida diaria estamos todo el tiempo reconociendo y clasificando, lo que requiere alguna noción de identidad y alguna clase de discriminación de relaciones. Usando términos formales, en vez de “similitud” habla de *simetría* y en vez de “diferencia” habla de *asimetría*. Las relaciones son simétricas cuando su recíproca es igualmente válida (si Juan es hermano de Pedro, Pedro es hermano de Juan) y asimétricas cuando no lo es (si Juan es padre de Pedro, Pedro no es padre de Juan). En el dominio de la simetría, sujeto y objeto son intercambiables. Las relaciones asimétricas son esenciales para la discriminación y por ende para el reconocimiento: así, la idea de “externo” tiene como recíproca la de “interno”. La idea de que *el inconciente trata como simétricas relaciones que en lo conciente son asimétricas*, idea que Matte derivó del estudio del pensamiento esquizofrénico ampliando y generalizando la “lógica del atributo”, es piedra angular de su pensamiento. Agregaría que esta idea está ya implícita en la idea psicoanalítica de “imago” inconciente (así, la “imago” materna generaliza al vínculo con cualquier mujer amada, en pro o contra y en alguna dimensión dada, a la manera de un “cliché”, cualidades del vínculo arcaico con la ma-

dre). Y en el nivel de la simetrización, *la parte se equipara con el todo*; equiparación que, señalan, en muchas situaciones y para ciertos usos retóricos puede funcionar a plena conciencia: “*La France, c’est moi*”, proclamó De Gaulle, quizás apoyándose en el antecedente del “*L’État, c’est moi*” del Rey Sol. Si la dramatización, el juego o la poesía abarcan distintos modos de simetrización, importa aún más que el pasaje de la parte al todo vale para las emociones y ansiedades intensas; éstas, y no sólo en la psicopatología, suponen las cualidades de lo infinito: de ahí que “te amo algo, aquí y por el momento” no valga mucho como declaración de amor.

El espacio disponible no permite hacer un mínimo de justicia a los aportes de los otros autores. Casaula, Coloma, Colzani y Jordán en “La bi-lógica de la interpretación” ilustran el caso de una niña psicótica de casi cinco años que crea perturbaciones extremas en sesión dispersándose en todos los objetos de la habitación, siendo imposible, durante largo plazo, lograr interpretaciones verbales adecuadas hasta que en una interpretación-acción el analista confronta a la niña con su imagen mediante un espejo: es la captación por parte de la niña de su propio actuar fragmentante lo que abre el camino a su tolerar las interpretaciones verbales. Guinz-

burg retoma la estratificación de las estructuras bi-lógicas hasta llegar al límite de la indivisibilidad, donde la intensidad de las emociones en juego hace que los diferentes estratos se cortocircuiten, todo sea susceptible de equipararse con cualquier otra situación y se suspenda el pensar y, en la sesión, la posibilidad de elaboración. Wilson aborda las implicancias de los planteos de Matte para la conceptualización de los procesos grupales, en tanto que Edkins se centra en la necesidad de que el paciente vivencie que el analista experimenta los estados inabordable que él no consigue experimentar. Ryavec retoma el tema de la infinitización de los afectos en términos del tercero excluido, que hace posible tolerar la diferencia como interior a la similitud. Recordando a William Blake y la “temible simetría” del tigre (tan cara a nuestro Jorge Luis Borges), Grotstein propone que las ideas de infinitización de los procesos inconcientes de Matte implican un cambio de paradigma, un “Nuevo Inconciente” vinculable a su entender a la ‘Cosa en Sí’ kantiana, al “O” bioniano, a lo “Real” lacaniano y al “Ser-en-Sí” heideggeriano, pasando los *Triebe* freudianos a lugar secundario: lo cual advierte, pienso, de los riesgos de instrumentación mística, o si se quiere místico-poética, que provee la bi-lógica mattiana.

Shuttleworth entiende que los cambios de los últimos veinte años en la atención de niños con trastornos de aprendizaje requiere un enfoque multi-causal en encuadres múltiples centrado en la forma lógica de las cogniciones; lo que se ubica, dice, más allá del marco conceptual psicoanalítico, sin que esto quede claro en la medida necesaria, ni tampoco su relación con las ideas de Matte. Reyes, Reyes y Skelton encuentran en pacientes con traumas extremos, e ilustran con una mujer africana cuyo marido e hija de dos años habían sido asesinados en su presencia y poco después sufrió la muerte, trágica también, de su hermano mellizo, que vincularse con los demás en términos de clases permite un grado de conexión al tiempo que evita el contacto con la individualidad del objeto y la propia, y con la individualidad de los objetos perdidos; tal formulación, de máxima importancia clínica, no me parece restringirse a pacientes con traumas extremos sino que es parte en la clínica cotidiana de las defensas omnipotentes frente al acceso a la posición depresiva. El artículo que cierra el volumen, “El ídolo y el ícono” de Jean-Luc Marion, guarda indudable belleza literaria, pero no me es clara su relación con las ideas de Matte ni adónde apunta el autor.

Anuncia el editor invitado, Ale-

JORGE L. AHUMADA

Jandro Reyes, la presentación de
un segundo volumen, dedicado a
la teoría.

Jorge L. Ahumada